

topología del platonismo completan el texto del profesor Reale.

**Serguéi Eisenstein. Una vida en conflicto**, Ronald Bergan, traducción de Isabel Ferrer Marrades, Alba, Barcelona, 2001, 439 pp.

Con un fino sentido del equilibrio, Bergan nos cuenta la vida del director de cine ruso como un entretreído de anécdotas y poblaciones fantasmales que intentan pasar al celuloide. Salva, de esta manera, el peligro del psicologismo, que supone la existencia de un alma individual que se refleja en la creación artística. Una vida definida como una obra es una obra convertida en vida. La dialéctica se impone.

Eisenstein aparece sobre una conflictiva relación familiar: mal con su madre, aparentemente ajeno al mundo de su padre, un arquitecto modernista, acabará siendo uno de los primeros constructores del cine y, ciertamente, uno de los mayores. Vivió como un niño divertido y ocurente el descubrimiento de un arte, algo que no sucedía desde milenios. Al mismo tiempo, debió esquivar las emponzoñadas ayudas y sumisiones del poder: la paranoica dictadura burocrática soviética y la serie de frustraciones que jalonaron su excursión al mundo del cine capita-

lista. Filmes enteros con su firma fueron destruidos, como *El prado de Bezhin*, o no llegaron a ser montados por su autor, como *Que viva México*. Apenas filmó ocho películas y no siempre como quiso hacerlas. Item más, su condición de homosexual en un medio sexófobo como el comunista, lo obligó a aprender las habilidades de la cuerda floja.

La moraleja de la fluida y documentada biografía hecha por Bergan es que el arte siempre encuentra la grieta en la muralla para escapar hacia la libertad, que inevitablemente resulta algo imaginario, especialmente propicio a la invención. Así ocurrió con Eisenstein, un revolucionario amante de la decadencia, un vanguardista enamorado de lo clásico, un histrión que ensayó convertirse en aprendiz de cantor épico.

**El atizador de Wittgenstein. Una jugada incompleta**, David J. Edmonds y John A. Eidinow, traducción de María Morrás, Península, Barcelona, 2001, 334 pp.

A pesar del título, pocas páginas de filosofía hallará el lector de este libro: apenas las que van desde la 253 a la 267. En ellas se tratan de perfilar, de modo simplificado y

didáctico, las diferencias que pudieron separar a Wittgenstein y Popper (apoyado por Bertrand Russell) en una discusión inglesa celebrada el 25 de octubre de 1946 y de la cual no quedan más constancias que algunas referencias fragmentarias del mismo Popper.

Wittgenstein habría sostenido que no existen problemas filosóficos, sino meros embrollos o rompecabezas verbales. Popper, lo contrario: los problemas existen y basta con considerarlos problemáticamente. Desde luego, ni Wittgenstein pudo estar tan simple (en el doble sentido de la palabra) ni Popper tan lejos de su colega. Lo cierto es que el primero cogió un atizador, lo dejó caer y produjo el ruido del caso, tal vez como fallida amenaza. De lo que no se puede hablar, hay que callar y pasar a la acción.

El resto del libro es una amena y superflua serie de ecos de sociedad que nos cuentan las biografías, ya muy conocidas, de ambos contrincentes y algunos personajes cercanos a la anécdota. La lectura es amable y fluida, aunque el texto resulte, a la postre, prescindible. La vida de un filósofo, si quitamos de ella su filosofía, resulta intercambiable con cualquiera y, en consecuencia, insignificante como tal. Quizás el mayor mérito de trabajos como el de estos dos periodistas británicos, sea mostrar cómo funciona la cultura posmoderna: livianamente, reductivamente, de modo que la

actitud de un filósofo sea la ruidosa caída de un atizador en un *college* inglés de la inmediata posguerra.

**Materia, universo, vida**, Juan Arana, Tecnos, Madrid, 2001, 570 pp.

Un viaje a través de la historia de las ciencias particulares que hacen a la llamada naturaleza, y también a través de sus intentos de legitimación (epistemologías) exige que el viajero sea un filósofo. Tal vez la filosofía sea el intento de estructurar una familia de los saberes y el Saber de todos ellos, el fundador o tótem. El profesor Arana se mete en harina y advierte que las categorías fuertes de las ciencias naturales son indefinibles o todavía no se las puede definir sin pedir auxilio a la filosofía pura y dura. Es decir: son categorías fundantes e instrumentales de las ciencias pero no son científicas.

Los ejemplos son abundantes y desfilan en buen orden por las páginas de este libro: el tiempo, la conciencia, la fuerza, la energía, el infinito, la vida, la materia, el universo. Siglos de teorías y controversias parecen señalar que la búsqueda es circular y remite al punto de partida que, por necesaria paradoja, se convierte en una meta. Como anota el autor: «No somos más listos que

los griegos; tenemos muchos más datos que ellos y nos beneficiamos de una larga tradición de errores y aciertos».

Desde luego, el Saber de los saberes remite al mundo de la metafísica, donde Arana sitúa la calidad última o primera del conocimiento: un progreso en el infinito, una exploración del enigma que quizá produzca otra remisión al misterio. No sabemos si lo que podemos saber es algo confinado o una búsqueda sin fin, a la cual no podemos renunciar sin dejar de ser humanos. Con una diáfana topografía, sin acudir a laberínticas jergas ni temibles tecnicismos, Arana nos pasea por su mundo de saberes, que es el nuestro, y que es también nuestro tesoro de perplejidades.

**El islamismo y su reflejo. La crisis argelina en la prensa española,** Mouna Abid, *Cultura Hispánica*, Madrid, 2001, 384 pp.

Dos campos de estudio explora este libro: el desarrollo del islamismo y su crisis en torno a la política argelina de los años noventa del siglo pasado, y su tratamiento en dos periódicos españoles: el *ABC* y *El País*.

Argelia, colonizada por el capitalismo francés y descolonizada

según el modelo comunista soviético, asiste al agotamiento de ambas experiencias. La respuesta política y social es un crecimiento explosivo del islamismo. Evidentemente, las incursiones occidentales, de uno y otro signo, no han afectado el fondo tradicional de la sociedad argelina.

A su vez, el desarrollo demográfico desigual en el Mediterráneo y la afirmación de las tendencias integristas y fundamentalistas plantean una amenaza para la estabilidad regional. A ella se refiere la prensa española a propósito de las elecciones argelinas, convocadas y anuladas, y la subsiguiente ola de matanzas por todos conocidas.

Abid describe minuciosamente ambas situaciones y hace la crítica a ciertos excesos verbales y algunas prisas impuestas por el día a día periodístico. A la vez, en contra del tópico manoseado por ciertas firmas, se advierte que el Islam tiene un amplio lugar en la investigación occidental, pues las fuentes manejadas son, en su mayoría, francesas, con algunos aportes españoles.

La actual crisis desatada por los atentados de septiembre de 2001 atraen un renovado interés por libros como el presente, contruidos desde una amplia base documental y con la intención de desbrozar el denso campo de fenómenos producidos por la confusión prepolítica entre Estado y religión.

**Los grandes maestros espirituales de Oriente y Occidente**, Karl Jaspers, traducción de Elisa Lucena y Pablo Simón, introducción de Manuel Garrido, Tecnos, Madrid, 2001, 250 pp.

Una selección de *Los grandes filósofos* reúne media docena de estudios jaspersianos, hechos con intención didáctica pero sin aflojar su rigor intelectual. Lo más importante del conjunto es su visión, precisamente de conjunto, que armoniza coralmente la escucha y el diálogo entre personajes que distan años y leguas. Así, Buda propone una cosmología comparable a la del judeocristianismo, una similar pedagogía del dolor y la carencia, un anticipo del devenir como engendrador del ser, que parece, visto por Jaspers, un antepasado de la dialéctica moderna. Nagarjuna expone unas paradojas que se reiteran en la ironía romántica. Jesús narra parábolas y rehuye cualquier dogmatismo teórico, esbozando –quién lo diría– al Zarathustra nietzscheano.

Con todo, el favorito de Jaspers es Agustín, quizá porque resulta un

cristiano febril y atormentado, un antecesor de cierto cristianismo protestante que interesa al filósofo existencial del siglo XX. Agustín anuncia a Jaspers a través de Kierkegaard. Es el creyente de un Dios conjetural que tiene existencia humana aunque no tenga ser transcendente. Y es un insistente meditador del amor como prueba ontológica de que Dios existe, que es la Unidad prometida por el encuentro de los amantes.

Oriente y Occidente, mística y filosofía de la vida, ciencia y poesía, todo confluye en las diáfanas y ordenadas lecturas de Jaspers. Buscan la verdad infusa en las controversias, el discurso plural del nosotros, la polifonía de la tolerancia humana. Aparte de su mérito didáctico, superponen esa lección mayor que consiste en exponer la tarea de la humanidad, de la difícil humanidad: pensar las religiones, de modo que sean todas una misma y plural manera de explicarnos este mundo que pertenece a todos.

**B. M.**